

## El IPOD y la lectura electrónica ¿Trivialización de la Literatura?

Por: Jorge Alfonso Sierra Q.

Lo oímos de boca del flamante Premio Nobel de Literatura 2010, Mario Vargas Llosa: *“La literatura en internet y la consiguiente lectura en el libro electrónico trae consigo la trivialización de la literatura; cuando cualquiera puede publicar muy poca rigurosidad se puede ejercer”*. Por ahí derecho tuvo a la mano ejemplos a los que es difícil controvertir: *“Mire Usted lo que se escribe para la televisión, observe las telenovelas; es algo deprimente”*.

Sin duda, mucha razón le asiste a Vargas Llosa cuando señala sin tapujos ciertos y verídicos ejemplos, como los de la televisión; pero hay en sus opiniones un craso y evidente error pues es fácil notar que el hombre agarra el rábano por las hojas: Una cosa es lo que los dueños de los medios de comunicación – uno de los dos grandes conglomerados que dominan el mundo, el otro es el económico a quienes soportan - *“permiten”* que se publique, que se haga en telenovelas o como *“propuesta cultural”*, y otra muy distinta la que en verdad escriben tanto en la clandestinidad como en el anonimato, talentosos escritores por ahí escondidos o desconocidos. Ídem con la literatura: ¿Podemos decir, sin caer en el dogmatismo ni en la intolerancia, que todo a lo que hoy tenemos acceso en Internet sea *“¿basura, cosa sin valor”*? Por supuesto que no, así tamaño despropósito provenga de un hombre de los quilates intelectuales de Vargas Llosa.

*“Basura, literatura light, escritos sin valor”*, han existido en toda la historia de la narrativa, - ejemplos que no nombramos ni siquiera en una reducida lista dada la inmensidad de la misma - así como también grandes obras estuvieron a punto de haberse perdido irremediamente tanto por la miopía o falta de criterios de avezados editores y críticos de reconocidas editoriales, como por el desinterés o el desconocimiento de talentosos escritores de los mecanismos idóneos para llevar su obra al público. Algunas se salvaron y hoy las conocemos: Toda la obra de Kafka, *“En Busca del tiempo perdido”* de Proust, los cuentos de Robert Walsh, las enseñanzas de Jesús y de Sócrates, el inmenso escritor que anidaba en García Márquez.....

Pero ¿a cuántos jamás conocimos, de cuántos nunca veremos sus escritos y a cuántos la irremediable ignorancia de saber que existieron condenó al olvido eterno?

En Vermont, Estados Unidos, existe la fascinante - y no menos *“literaria”* - Biblioteca Brautigan, cuya razón de existencia son los libros que los editores rechazaron, es decir, de los libros que nunca se publicaron. Al conocer esta Biblioteca la curiosidad y la intriga aumentan cuando se sabe que *“nadie asiste a este templo del saber a leer ningún libro”*, es decir, libros condenados a un doble ostracismo y desprecio: El del editor y el de los lectores que jamás sabremos de lo que nos estamos perdiendo.

¿Qué hubiese pasado si en su época, toda la obra del escritor Richard Brautigan, su creador y por lo mismo el más afectado por la insultante razón que les asiste a las editoriales de publicar solamente lo que cuadre a sus intereses, hubiese sido posible leer en Internet? Al menos la última palabra sobre si la obra más rechazada de este escritor de la contracultura norteamericana, (1935 – 1984 ) *“El Aborto”* tenía o no valor, la hubiesen dado los lectores, únicos que al fin y al cabo, para bien y para mal, son los llamados a dar su veredicto.

Pero la realidad, cuervo implacable que nos saca los ojos, nos arrincona con su evidencia: Solo de

quienes han sido publicados podemos hablar; de los otros, de los que jamás publicaron, de los que nunca la diosa fortuna del papel impreso tocó sus puertas, será necio e impertinente decir palabra alguna: *“A dónde va el amor que se calla, a dónde el amor que se olvida....a dónde los besos que jamás se dieron, a dónde los sueños y las metas que nunca se realizaron”*, canta con melancolía el poeta. ¿Por qué entonces tratar de borrar de un solo plumazo todo lo que las nuevas tecnologías traen aparejadas?

Un Premio Nobel de Literatura sin duda alguna, es un laurel que por mucho, resalta con prestancia la calidad intelectual de quien lo ha recibido. Pero nunca, jamás, podrá concederle a su honroso portador, la calidad de oráculo infalible. Se equivoca Vargas Llosa cuando descalifica a todo el que, sin haber sido publicado por editorial reconocida, busque la válida opción de pretender ser leído en Internet o en algún libro electrónico. Una cosa no demerita la calidad de la otra. Y quizás... tal vez.... algún Proust – aún a despecho del valioso intelectual peruano, ¿quién podrá saberlo? – transite ya por el inabarcable mundo de las nuevas tecnologías.

Comentarios a este artículo: [jasierra@mercadeoeditorial.com](mailto:jasierra@mercadeoeditorial.com)